

OFRENDA EN EL ALTAR DEL BOLERO

Eloy Jáuregui

«Yo tengo un pecado nuevo

que quiero estrenar contigo»

Es danza antes que nada, pero es himno después de todo. Cuando se baila uno -y una- siente toda la fuerza de la carne. (No conozco bolerista vegetariano). Cuando se oye uno escucha el grito mismo de la carne, pero esta vez ensangrentada. El bolero, así, es latino en América y griego en Latinoamérica y su memoria, en el colectivo carnívoro, se engendra con la sensualidad que trepa -¡Y cómo trepa!- por las piernas hasta hacerse mortal si toca el corazón. De esta manera es poesía pura porque su escritura tiene de la economía de las palabras -**a capella**- en beneficio de los portentos del amor y las desdichas del desamor, que es todo lo contrario pero al revés.

Un hijo de Bilbao, un vasco quiero decir, no necesariamente de la ETA: Gregorio Barrios. Un argentino, Leo Marini. Otro argentino, Daniel Riobos. Un brasileño, Altemar Dutra. Un venezolano, Felipe Pirella. Unos chilenos, Los hermanos Arriagada o Lucho Gatica. Un paraguayo, Luis Alberto del Paraná. Un ecuatoriano, Julio Jaramillo. Un colombiano, Alci Acosta. Un norteamericano negro, Nat *King* Cole. Una mexicana, Toña La Negra. Una cubana. Olga Choren y hasta un boliviano, Raúl Shaw Moreno. ¿Quién falta? Un peruano imaginado croata, Lucho Barrios, cierto, mi favorito después de oírlo en Marabú en el mismo bar Marabú. Sin duda, una verdadera **Internacional Sensualista**. Todos ellos cantaban boleros. Cada quien en su estilo, cada cual en su alcoba como coda orgasmática. Quién lo duda; el bolero funda la funda de las almohadas y es la cuna de tres plazas sólo para dos.

El bolero como danza, practica el paralelismo -el amor no horizontal, el ardor vertical, la pasión intramuscular, que más cabe que evoca a la geometría y al número de los pitagóricos. Recuerda al yin y al yang de los chinos -no de la China Cubana-. A la tierra y

al agua. Al sol y la luna. Al águila y la serpiente. Ahora es de uso de la aldea global; en mis tiempos pertenecía a la jalea dorsal. Ídolo y **fan**, esclavo(a) y amo(a), Dios y creyente antes que oyente. Sátrapa y lacayo, todos al fin de cuentas de hinojos ante el altar del bolero que no es otro que la rockola. ¡Ah las rockolas! Yo, su acólito casi alcohólico. Y póngame el C-5, disco 45 rpm casi genoma de vinil: «*Ausencia*», bolero de Héctor Lavoe, siamés sangrante de Willie Colón en el bar Acuario de la avenida Bolívar en los pagos de La Victoria. Y dos más (discos, quiero decir).

Veamos o bailemos un bolero. Pedro Vargas está cantando en el programa mexicano La Hora Azul (Susana Dosamantes era mi perdición, lo juro duro). El video es la postal del alma, ahora quiero decir -«*me hacen más falta tus cartas, que la misma vida mía...*»-. Antes era el casete y antaño el acetato. Luis Miguel canta boleros acompañado de guitarras, a veces, pero ese es su problema. El bolero interpretado por tríos es distinto, por no decir opuesto a ése, el de las orquestas. Uno va directo a la memoria, el otro afecta al corpus neurovegetativo. Los dos sirven para crear un ambiente, no siempre doloroso, y recrear una situación, no siempre tortuosa; en todo caso, el bolero es anestésico casi como la dulce picadura de un escorpión, de burdel, por supuesto. Muestra el más fiero dolor, aquél que provocan los engaños, los desengaños y de qué manera, las engañosas; pero inventa su propia profilaxis para no repetir el plato (¿hondo?). O, como dicen por ahí, Mozo cuádreme ese disco, pero por el lado B.

El bolero actúa en las zonas hipersensibles del alma. Su ritmo está dirigido al sistema psicomotor antes que al sistema linfático. Ataca la médula **ipso facto**, arruga la molleja, en el acto y **de facto**. El bolero es atemporal, por tanto su tiempo corre a la inversa. Nunca envejece, **ergo**, existe en el eterno retorno. No mata ni asesina, al contrario, da vida -respiración boca a boca, dirían algunas-. No hay por lo tanto pre bolero ni mucho menos post bolero. Hay bolero a secas, aunque estoy seguro que cuando uno baila boleros llueve torrencialmente de la cintura para abajo. Véase el capítulo del tratado *Semiótica de la loseta solitaria o cómo se templó el acero* de este servidor. En realidad, el único bolero con tiempo preciso es el «*Bolero*» de Ravel -impresionista impresionado- que dura exactamente 14 minutos y 33 segundos. El mismo tiempo en que una mujer hecha y derecha se tarda en alcanzar el más perfecto y explosivo orgasmo, a la manera de Raquel Welch, preclara bolerista boliviana.

Sus versos no son modernos, son posmodernos. No son modernistas como se los conoce en la literatura, tampoco manieristas. Son materialistas, como los entendió *El Cuarteto Marxista*, aquellos hermanos que tenían de vocalista a Groucho Marx. Era cuarteto y no trío. Trío es otra cosa -místicamente cantando-. La santa trinidad del bolero de tríos, son Los Tres Caballeros (Roberto Cantoral antes de Carla Barzotti), Los Tres ases y Los Tres diamantes. Jamás Los Calaveras, Los Tres Reyes o Los Montejo. De repente sí, Los Panchos. Ojo, sólo con Johnny Albino -«*Poquita fe*»-, aquel que llegó de El Trío San Juan.

No obstante, el trío sugiere -casi siempre- un amor imposible. La orquesta hace carne un amor apacible. La orquesta, la de Tito Rodríguez tocando en el Palladium -con Cheo Feliciano de «alicate»-. La orquesta -*la tribu*- de Benny Moré sonando en el cielo. El cubano José Dolores Quiñónez es gestor del doloroso bolero «*Que me haces daño*» y que el Benny interpretó a las dos de la mañana de Lima en la boite El Olímpico en los sótanos del Estadio Nacional y horas antes en el salón auditorio de Radio La Crónica de la avenida Tacna, un 16 de junio de 1958; showsito auspiciado por Té Único y con la presentación de las voces marketeras de David Odría y Fidel Ramírez Iazo. La grabación de esa fecha histórica obra en mi poder y el poder nace del bolero, ya lo dijo el Che.

De aquel templo gótico, el edificio de la radio y el diario La Crónica partió Zavalita -aquel perplejo oráculo miraflorentino de las complicaciones simples--, personaje de Mario Vargas Llosa y que se preguntaba en ritmo de bolero: «¿En qué momento se jodió el Perú?» Y el Perú se jodió la noche en que prohibieron el bolero en las iglesias y le otorgaron licencia *ad infinitum* en los congresos de colchoneros y sabaneros nacionales. He ahí la piedra angular del boom de los hostales. Y que tire (y que tire bien) o coloque la primera piedra quien no ha sentido el estrangulamiento de los ardores crustáceos en los catastros de la arrechura pública, en ritmo de bolero.

Y de ahí son los cantantes. Terrícolas de la región fronteriza entre la sistole y la diástole: el corazón a tajo abierto y las piernas a trabajo cerrado. Por eso, lo más parecido a un micrófono -La Fredy cantaba sin el aparato y más bien aferrada a los decibeles ováricos- es un gemido sin micrófono. Así, el mundo vio nacer a Hitler en Austria -la ultraderecha del corazón siempre queda a la izquierda del crimen- y también a Agustín Lara. Uno conquistó democráticamente el corazón de Alemania, el otro, de golpe, el de

María Félix. Ambos fueron hijos de la prehistoria de los crematorios multipacionales. Y a quién no le quema la molleja mayor escuchando «*Delirio*», bolero en homenaje a Freud, el padre de la siquiatria romántica a la manera de «*La barca*». Vr. gr., Odiseo **dixit** «...A navegar a otros mares de locura». O quién sabe por qué la nave del olvido no ha partido.

La globalización o mundialización, como diría Martha Hildebrandt -cantante de corregidos boleros legislativos- dizque elimina (las aplasta, digo yo) a las identidades nacionales. Hasta donde sé y que me da sed, la identidad latinoamericana tiene un soporte inexpugnable en su cultura popular (perogrulladas de uno). Luis Britto García de alguna manera señalaba en su artículo «Pues llevamos en el alma cicatrices» que el patrimonio cultural más difundido en estas tierras, es de pronto la catolicidad (la religión católica, **ergo**: «Están clavadas dos cruces...» o el Papa abrazando a Fidel -la cruz y el martillo-. Ciertamente, después, supongo, estaría la cocina. En tercer lugar la tele y el radio y la canción popular (y excluyo a Rossy War sólo por su apellido), y digo que popular es el bolero y no el tango que es harina de otro burdel. Luego estarían las literaturas (la escrita, la oral, la moral y la mortal) y a una nariz más que oreja, el cine donde el verbo bolerístico se hizo jamón antes que carne.

El bolero fue el himno de los cuarenta-cinco, en el Perú quiero decir. Fue salmo y **opus** de reivindicación nacional en Cuba y a veces en México, una década antes, como siempre. A los cubanos les tocó sufrir la ausencia de alguna de sus estrellas, luego gusanos, con la llegada de Castro. Pero igual, se fue la Sonora Matancera pero se quedó el Benny y con eso bastó. Así, el bolero se amachó líquido, rodeado de mar en una isla, casi una cama redonda. Y creció como Eva, de la costilla de Adán. De Adán Gonzales, gran intérprete de «*Piel canela*», el bolero de Bobby Capó. Parfraseando a Natalio Galán en su «El degenerado bolero», el **swing**, más que una danza es una canción, el bolero al contrario es un desafío entre un macho comprobado y una hembra por comprobar. Y agrego: en tres minutos y en una sola loseta. E insisto: los travestis jamás bailan bolero.

José Piaggio, *El chaqueta*, no grababa boleros en discos compactos. Los dejaba marcados en la médula de la oreja del oyente urbano. Ahora *El chaqueta* firma como «*el bolerista punto con*». Iván Cruz también está atento al cyber-despecho: hoy se lo puede escuchar acompañado de orquesta, pero no es igual. Y Bárbara Romero canta boleros sólo para aquéllos que andan

ebrios por los líquidos de los amores profanos o propanos. En realidad, el bolero, señoras y señores, se halla en el anclaje de la ley de libre mercado. Tiene un rol normativo como el Estado moderno. No se confunde con la balada y aquel andrógino género traidor llamado rock lento. El bolero sirve para amar hasta la muerte, como el tango para olvidar hasta la vida. Su propuesta es negociable, no al extremo del dejar hacer, dejar pasar. Debo ser atrevido, hoy existe el bolero gerente. Aquél que ordena y reordena la productividad en el amor. Los flujos del cariño necesitan concierto, y existe también normatividad. Los amantes proponen, el bolero dispone.

Adam Smith no conoció el bolero y ése fue su error. A su teoría le sobraba ciencia pero le faltaba corazón. Karl Popper, en su cavilación epistemológica, combatía con su teoría de la contrastabilidad las ideologías cerradas. El bolero es abierto. Observando con el tímpano *La hora azul*, descubrí que el bolero es una auténtica **opera aperta** -así afirma Umberto Eco del bolero libre-, es decir, que se escucha como uno imaginaba escucharlo. El oyente pasivo convertido en activo. La paradoja infinita: la letra es compatible tanto con la felicidad como con la desgracia. El paciente no es el oyente. El bolero no tiene paciencia porque su sistema es convulso **sine qua non**, para brindar la calma como recompensa.

Cuando la idea que teníamos de aquello que produce el bolero es superado por otra cadencia. Digamos, cuando la visión geocéntrica de Ptolomeo fue superada por la visión heliocéntrica de Copérnico, entonces se descubrió que aquello que se tenía por un dogma no era más que una conjetura a la espera de una refutación. El amante silencioso oye boleros y aguarda al doblar la esquina. El bolero no es una conjetura cuyo destino es ser refutado por una nueva y más avanzada visión. El bolero es una categoría absoluta, ya lo dijo alguna vez cantando, Rolando Laserie. La contradanza -de origen francés haitiano- era dogma antes del danzón -de origen híbrido cubano- que a la vez fue dogma antes del bolero, que en 1928 de acuerdo a Alejo Carpentier. Y/o en 1932, en la Feria Universal de Chicago, a decir de Fernando Ortiz, el bolero se hace oficial, allí, en los pagos de la liviandad y los ardores supremos. Hay que oír al Sexteto Habanero después de almuerzo o a Vicentico Valdés en ayunas, por ejemplo.

¿Y qué tiene el bolero para ser actual? Si uno escucha un bolero de José Antonio Méndez, interpretado por voz trajinada o voz

fresca, hallará la explicación del universo, en apenas catorce versos. Es soneto para ser cantado por sonero. Es un son moderado para ser interpretado como una sonata. El bolero es patrimonio del amante trashumante. Porque el amante desarrolla un gusto especial para los sonidos de aventura. Si le preguntan a alguien que se encuentre fermentando en los caldos del enamoramiento, seguro que dirá que él oye a colores todo lo que el resto escucha en blanco y negro. El bolero, de esta manera, más que una aproximación lírica al hecho amoroso, es una filosofía para soportar los rigores del amor. Ningún género se le iguala. Ningún ser medianamente feliz podría sobrevivir sin la ayuda del bolero. Por eso es actual, tan actual que puedo afirmar que la infelicidad es muda y silente, y es que el lado opuesto, con el sexo opuesto, es decir, el puro loco amor, es sinfónico, y de noche más sinfónico todavía. Por eso decía el Benny que si en el cielo se escuchaba música, ésta tenía que ser en ritmo de bolero. Y Benny Moré sabía de esas cosas porque vive cantando allí, precisamente en el cielo.

Carlos Monsiváis, el ensayista judeo-mexicano del D.F. posapocalíptico asegura en la celeberrima presentación del CD de Tania Libertad interpretando al maestro Álvaro Carrillo que el bolero es el culto a la persistencia, que el género sigue aquí y no en el más allá porque representa la sensibilidad hereditaria, quizá, ya no omnimoda pero (de algún modo) siempre reinante. Y se desnuda frente al bolero «*Amor perdido*» en los timbres de María Luisa Landín, ejemplar que alguna vez fue himno del arrabal latinoamericano; no obstante, 40 años después, Tania lo reinterpreta, ya no como la épica del desdén rencoroso sino como un tributo a quienes, por haber creído con tal fe en ese mundo afectivo, lo volvieron tradición, memoria y creación popular.

Digo lo que dice, el bolero en Tania Libertad -a la chiclayana- encuentra que lo poético ya no radica en el vuelo sorpresivo del modernismo sino en líneas tomadas de lo cotidiano que se salvan de la cursilería y se incorporan a la ideología del sentimiento íntimo, y es motivo y servicio obligatorio de la lealtad -sólo los perros son infieles- de las generaciones, las habidas y las no sabidas. El bolero es el fin y el inicio, y el fin nuevamente. Así, «no lo traicionemos nunca por el temor a que nos abandone».

De esta manera diré como Rodríguez Reyes: «que el mar y el cielo se ven igual de azules/ Y en la distancia parece que se unen/ Mejor es que recuerdes que el cielo es siempre cielo/ Que nunca,

nunca, nunca el mar lo alcanzará/ Permíteme igualarme con el cielo/ Que a ti te corresponde ser el mar», el mal o el bar.

E.J. nació en Lima, en 1954. estudió lingüística y periodismo en la UNMSM. Este año publicará **Usted es la culpable**, (cronicas) y **Profundo vello** (poesía).